

Leyendas y tradiciones brigantinas

La aparición de la imagen de los Remedios

I

Hacia el segundo tercio del siglo XV, o sea entre los años 1430 a 1450, cuando empuñaba el cetro de Castilla el débil y apocado monarca D. Juan Segundo, hallábase el país de Galicia agitado por sangrienta y desigual lucha, en la que las clases populares y los habitantes de las villas y ciudades, enarbolaban la tea del espanto y la destrucción, para sacudir de un golpe la horrenda e ignominiosa institución del feudalismo, cuyo poder a medida que se aproximaba la época de su fin, se hacía cada vez más tenebroso y más cruel, desbordándose en el cieno de asquerosos vicios y de pasiones degradantes.

Nada estaba seguro: la rapacidad y la ambición de aquellos orgullosos nobles no tenía límite, y en aras de sus caprichos y desenfrenos, sacrificaban la sociedad en que vivían y el país en que habitaban. Los templos eran profanados, los monasterios y hospitales saqueados, los bienes de las iglesias usurpados, los pueblos y caseríos incendiados, la libertad y la seguridad individual no existían; y los asesinatos, los robos, las violaciones y toda suerte de crímenes, habían engendrado la miseria y el terror por todas partes en aquella despiadada guerra, la más terrible y encarnizada que en

sus páginas registran las crónicas de Galicia.

El poderoso Conde de Andrade ambicionaba al Ferrol, Puentedeume y Betanzos; el de Altamira se ensañaba contra los preladados de la Silla compostelana; Orense gemía ante el bra-



Imagen de Nuestra Señora de los Remedios. Granito policromado. Silo XVIII.
(Foto Fersal.)

zo de hierro de los condes de Ribadavia y Monterrey; Tuy y Bayona estaban supeditados al de Camiña, al

tiempo que el de Lemos trataba de enseñorearse del Obispado de Lugo, y el tristemente célebre Pardo de Cella, fraguaba la usurpación de los bienes y señoríos de la Iglesia de Mondoñedo.

Los Concejos y Ayuntamientos organizaban sus milicias y hermandades, los prelados y abades ponían en pie de guerra hombres de armas y, en suma, Galicia entera, se levantaba, sin tregua ni descanso, a tomar parte en aquella lucha gigantesca, que en el reinado de la grande Isabel había de terminar para siempre con el poder y el dominio de los tiranos del feudalismo.

II

Betanzos, como todos los pueblos de Galicia, fue teatro de crueles escenas: sus calles y sus plazas bañáronse en sangre, y sus murallas y baluartes ennegreciéronse con el humo de los incendios de las casas nobles, (1) sus gremios y hermandades tomaron activa participación en aquellos sucesos, resistiendo tenazmente el poder de la nobleza y sosteniendo con energía sus franquicias y libertades que, en mal hora, pretendió hollar el de Andrade.

(1) Las hermandades de Betanzos en esta guerra quemaron el palacio de los condes de Andrade, situado en la plaza del Reloj (hoy de la Constitución), saqueáronle su casa y cometieron toda suerte de desmanes. El expresado palacio se hallaba frente a la puerta lateral de la iglesia de Santiago, en el sitio que hoy ocupan las casas de los Sres. Maristani, Bugallo, Arias, hasta el soportal; una calle la separaba del Conde de Taboada, cuya calle se extendía a la Rúa Traviesa, junto a la capilla del Sr. de Misericordia. También tenía el palacio de Andrade, soportal que ocupaba la acera que actualmente hay en aquel lugar.

Dióse el grito de rebelión a las órdenes de Pedro Fernández, caudillo ambicioso a quien las mismas hermandades y milicias concejiles hubieron de castigar después de vencido y derrotado el de Andrade, cuyos hechos y los que con tanta gloria llevaron a cabo unidos a la hermandad que capitaneaba Alonso de Lanzós, fueron causa de que monarcas posteriores otorgaran a Betanzos distinciones y privilegios a que se había hecho acreedora por el valor y merecimientos de sus habitantes. (2)

No es objeto de este trabajo describir la agitación que reinaba en Galicia, ni tampoco presentar una detallada y minuciosa relación de los acontecimientos que tenían lugar en Betanzos, sino tan solo exponer lo necesario para dar una idea general del estado del país y de las circunstancias especiales de la localidad en lo que puedan contribuir a ilustrar la historia que nos ocupa.

Basta, pues, a nuestro objeto, decir que la situación por que atravesaba el pueblo en aquella época, era, como se desprende de las indicaciones que dejamos apuntadas, sumamente angustiosa y crítica, cual nunca se había pasado desde tiempos remotísimos: la guerra de las hermandades en Galicia excedió en crueldad y encarniza-

(2) Don Enrique IV concedió a Betanzos el título y carta de ciudad en 1455, concedió privilegios de nobleza personal a todos sus habitantes, la eximió de ciertos impuestos y tributos, dióle jurisdicción sobre determinadas comarcas y otros privilegios que han sido confirmados por los Reyes Católicos en 1480 como asimismo otros que habían sido otorgados por don Alfonso XI, Juan II y también los del gremio de labradores de esta ciudad que tomó activa parte en las guerras de entonces.

mientos a los peores tiempos de la conquista de los Romanos y a las parcialidades y escaramuzas de la monarquía Sueva; por eso se comprende perfectamente que aquellas gentes creyesen llegado el fin del mundo o cuando menos viesan en los acontecimientos de la época un azote con que el Señor castigase los yerros y maldades de la Sociedad.

A aquella guerra había precedido una espantosa epidemia en el año 1404 (3), que dejó diezmadas las poblaciones, y la miseria se había enseñoreado por completo del país.

III

Betanzos del siglo XV no era el mismo del siglo presente: esa red de carreteras y caminos que hoy cruzan en todas direcciones las fértiles y panorámicas campiñas que rodean al pueblo, era sustituida por ocultos y tortuosos senderos que, al través de las enramadas, ora conducían algún turbulento guerrero de la época, ora encubrían algún vasallo fugitivo, que huía de algún poderoso de entonces; y muchas veces eran teatro de secretos crímenes y siniestras venganzas, que quedaban sepultados en la tenebrosidad de aquellos tiempos y ahogados con la sangre humeante de las víctimas.

En vez de los jardines y hermosas posesiones que hoy con profusión vemos esparcidos en torno nuestro y que añaden nuevos encantos a los que

la Naturaleza pródiga dotó a este privilegiado suelo, veíanse por doquiera los torreones de los señores, los castillos y fortalezas, los calabozos y los rollos. En lugar de las plantaciones y cultivos en que hoy con admiración contemplamos lo que puede el trabajo del hombre libre, y cuan grande es la bondad y sabiduría del Hacedor Supremo, sólo se observaban inmensos y despoblados bosques; terrenos incultos o los acotamientos de aquellos propietarios, donde humildes y abyectos colonos arrastraban una existencia lánguida y miserable, cual sierros de la gleba unidos a la tierra, que tan pronto conducían el arado, como empuñaban las armas en defensa de los dueños de sus haciendas y sus vidas.

Por su parte el aspecto que presentaba la ciudad, aunque libre y exenta del dominio feudal, merced al arrojo y valor de sus moradores, guardaba el más perfecto contraste con lo que llevamos dicho respecto a su comarca. Más bien que un pueblo parecía un gran castillo, una enorme fortaleza, un cuartel inmenso, donde se alojaban multitud de combatientes; no asalariados u obligados por la fuerza como los que seguían al pendón del señor feudal, sino hombres libres, bravos como su propia libertad por la que peleaban valientes y atrevidos, para los cuales el miedo y el peligro jamás habían existido.

Torreones y almenas, fosos y contrafosos, rastrillos y puentes, murallas y baluartes, he ahí el conjunto que presentaba el pueblo, que entonces como ahora, sonrientes acariciaban las cristalinas aguas del Mandeo.

(3) En 1404 y 1416 la peste afligió a Galicia, especialmente a los pueblos de la costa donde ocasionó destragos inmensos. Ferrol quedó casi despoblado y Betanzos desde entonces se puso bajo el patrocinio de San Roque.

La animación que imprime el carácter mercantil e industrial de la edad presente, era reemplazada por los acompasados movimientos de las cuadrillas y rondas de soldados aguerridos, que al son de trompetas e instrumentos de guerra, recorrían las calles y sitios de la Ciudad, ocupando las posiciones que a la estrategia militar de entonces eran convenientes. Las costumbres eran esencialmente diversas a las nuestras, y a las señales de las campanas recogíanse a sus hogares las personas que no servían para la defensa del pueblo, quedando sumergido por la noche en un profundo y lúgubre silencio que sólo era interrumpido por las voces de los caudillos y capitanes que vigilaban diligentemente la custodia de la ciudad.

IV

En la Rúa Traviesa habitaba la familia de los señores de Misericordia, su apellido Bermúdez de Osorio, dueños de los cotos y lugares de San Pantaleón das Viñas, parroquia inmediata a Betanzos y enclavada en el camino que desde esta ciudad conduce a la villa de Puente deume. Era este camino un sendero estrecho y tortuoso como todos los de aquel entonces, que arrancando desde la terminación del Puente Viejo que está sobre el Mandec, subía por los terrenos inmediatos pertenecientes a la parroquia de San Martín de Tiobre; por el mismo sitio que hoy ocupa la calle de Nuestra Señora y por donde aún hoy se va hacia el sitio que denomina la Xerpe.

Los señores de Misericordia residían alternativamente en Betanzos y en San Pantaleón das Viñas, y a con-

secuencia de este género de vida, atravesaban con frecuencia el camino que unía ambos lugares.

Entre las personas que componían esta familia, había uno llamado Don Rodrigo Bermúdez de Osorio cuya vida era un ejemplar de todas las virtudes, poco común en los agitados tiempos en que vivía. La caridad, la devoción a la Virgen, la oración y toda clase de buenas obras, eran su principal y primera ocupación. Socorría a los pobres despojándose de sus bienes; visitaba a los enfermos y les prodigaba palabras de consuelo y resignación; protegía a los desvalidos, auxiliaba a los necesitados, servía a todos y en suma era un modelo de las máximas que enseñó y practicó el divino Redentor del género humano.

Una tarde, D. Rodrigo Bermúdez de Osorio, salió de Betanzos con dirección a sus señoríos de San Pantaleón das Viñas, con objeto de atender allí sus asuntos que reclamaban urgentemente su presencia. La fatiga del viaje, los recios temporales y el estado débil de su cuerpo por las continuadas vigiliias y mortificaciones, fueron causa de que el camino le rindiese y al terminar su viaje y llegar a San Pantaleón, se sintiese acometido de grande cansancio y debilidad. Echóse en cama y un profundo sueño se apoderó de su cuerpo, abatido y molestado. Durmió tranquilamente y cuando más gozaba del descanso la SANTÍSIMA VIRGEN se dignó visitarle y aparecersele llamándole por su propio nombre; el buen caballero sorprendido por tan celestial visión oyó de la Virgen la revelación siguiente:

«Grandes males afligen a la Sociedad por los pecados de los hombres, pero las oraciones de los justos llegan hasta el trono de mi Hijo, dispuesto siempre a derramar los inmensos tesoros de su bondad y su gracia sobre el mundo y sobre aquellos por quienes un día arrojó el más terrible de los suplicios en lo alto del Calvario. Por eso para que las gentes tengan un medio más de interesar el poder y la misericordia de mi Hijo, he querido aparecerme a tí en este día y manifestarte mi voluntad como premio a tus virtudes y como remedio que quiero proporcionar a todos los que me invoquen».

La Virgen Santísima prosiguió en sus palabras y dijo al caballero Rodrigo Bermúdez: «En el camino que conduce desde este sitio a la inmediata ciudad de Betanzos, te aparecerá una luz y mandarás allí mismo hacer una excavación donde encontrarás mi imagen: te encargo que en el mismo sitio me levantes un templo con la advocación de los Remedios». Dicho esto desapareció la celestial visión y nuestro caballero despertó y oró; dió gracias a la Virgen, hizo multitud de oraciones y penitencias, recibió los santos sacramentos y se dispuso a dar ejecución a lo que la Soberana Reina de los Angeles le había encomendado.

Al día siguiente se puso en camino acompañado de porción de personas y gentes para dar principio a las excavaciones: al llegar frente a Betanzos y en lo alto del camino, vio la luz que le señalaba el lugar donde debía encontrarse la sagrada imagen: paráronse, adoraron a la Virgen y luego comenzaron los trabajos. Al poco tiempo aparece una pequeña imagen de piedra admirablemente tallada y en muy buen estado de conservación la

que por señales que se le encontraron y por haber desaparecido la misteriosa luz, fue reconocida y adorada como la verdadera imagen de Nuestra Señora de los Remedios.

V

La noticia del descubrimiento llegó inmediatamente a Betanzos y se extendió con rapidez por todos los pueblos y caseríos de la comarca, siendo numeroso el gentío que acudió a visitar la nueva imagen y enterarse del portentoso suceso que acababa de tener lugar. Edificóse provisionalmente una pequeña capilla, donde se depositó la imagen; se celebraron solemnes cultos de acción de gracias por el favor que la Santísima Virgen acababa de dispensar a este pueblo, y desde entonces empezó esa serie interminable de milagros, que sería casi imposible enumerar, hechos por Nuestra Señora de los Remedios y de los que en otro capítulo daremos relación de algunos.

La casa de los señores de Misericordia se encargó de costear las obras del nuevo templo; pero mucho antes de terminarse, falleció D. Rodrigo Bermúdez y por consecuencia de esto hubieron de sufrir algún retraso y de continuar con poca actividad, haciéndose con algunos fondos que fue facilitando la casa y con las limosnas y oblações que los fieles depositaban en el Santuario.

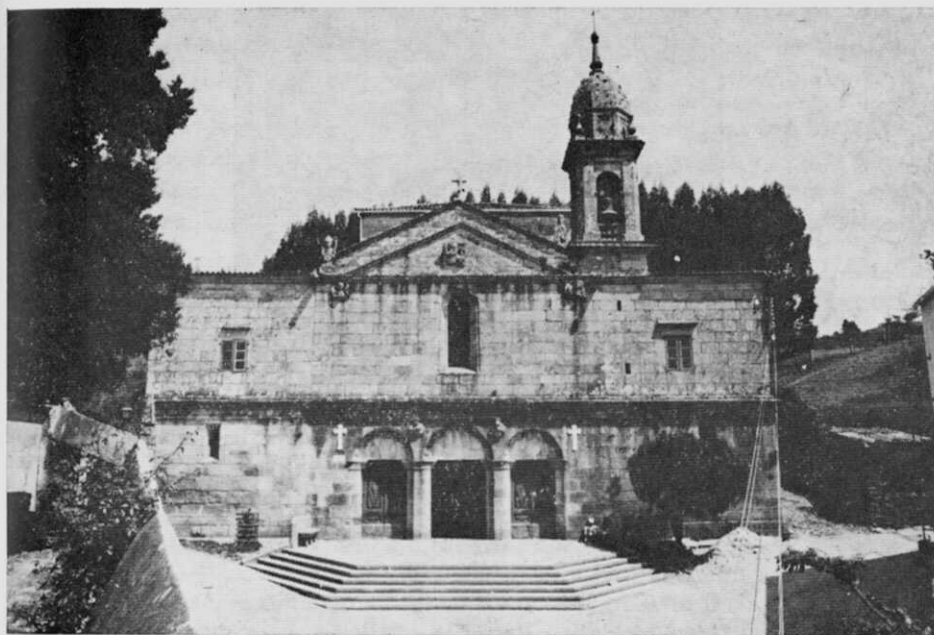
La guerra de las Hermandades en Galicia había terminado y la ciudad de Betanzos vióse libre y exenta de las acometidas de los Condes de Andrade, entrando en una era de prosperidad y ventura, merced a la cual,

pudo atender con desahogo a todas las necesidades de entonces. Estando altamente interesado el pueblo en la pronta terminación de las obras del Santuario, la Municipalidad las tomó a su cargo y dio fin al templo que en la actualidad subsiste.

Dotósele de muchas alhajas y objetos para el culto; fundáronse beneficios y capellanías y el Ayuntamiento y

la casa de los señores de Misericordia, ejercieron el patronato hasta que más tarde quedó constituido definitivamente en favor de la ciudad, la que lo conservó por espacio de muchos años, hasta que las revoluciones y mudanzas de la época cambiaron los usos y costumbres de antiguo, y Betanzos se vio privado, a la vez que de otros privilegios, del de patronato del Camino que tan justamente había adquirido.

[Este texto, bajo el epígrafe de «Reseña histórica», figura en las páginas finales del opúsculo *Novena a María Santísima con el glorioso título de los Remedios, según se venera en el santuario del Camino en la ciudad de Betanzos* (Betanzos, 1881), relato que algunos años más tarde reprodujo, en parte MANUEL MARTÍNEZ SANTISO en la *Historia de la ciudad de Betanzos*, de que es autor. Acerca de la citada aparición y erección del actual templo mariano, véase lo que escribe FRANCISCO VALLÉS VILLAMARÍN en su monografía *El santuario de los Remedios de Betanzos* (La Coruña, 1968).]



Santuario de la Virgen del Camino o de los Remedios. Siglo XVI.

(Foto Blanco.)